

Lo social no admite diferimientos

MERCEDES PULIDO DE BRICEÑO

H

asta hace pocos años se mantenía como hecho indiscutible que el crecimiento económico garantizaría el desarrollo integral de los pueblos. América Latina creció sistemáticamente durante los 60 e inicios de los 70 y, si bien logró resultados importantes en el acceso a la educación y a la salud e incluso en la ampliación del mercado laboral, sus logros no han garantizado el autosostenimiento del desarrollo. Ha sido constante mantener que la mejor política social es una buena política económica. Esto no resulta tan cierto, cuando observamos las brechas de diferencias de ingresos y la creciente exclusión aún en países desarrollados. La concentración de la riqueza y del poder se está asociando al fuerte crecimiento del capitalismo clientelar. La dolorosa verdad es que la desigualdad social es una realidad compleja.

¿Qué tenemos que afrontar?

Con la publicación del Informe de Desarrollo Humano 1998, de las Naciones Unidas, se señala al continente latinoamericano como el de mayor desigualdad social y por ende de oportunidades. En Venezuela, el 20% más pobre tiene un ingreso per cápita de 1.505 dólares anuales, mientras que el 20% más rico tiene 24.411 dólares. Esta proporción es similar en Chile y Argentina. Esta situación no es posible revertirla si no hacemos un esfuerzo sostenido de identificar causas e intervenir en las tendencias.

Indudablemente, la intervención mayor es afrontar la educación como problema y como alternativa. Y aquí hay varias realidades. Por una parte, la organización del sistema educativo y la capacidad institucional de servicios eficientes. No es únicamente decretar o diseñar nuevas leyes, sino reinventar las relaciones de los diferentes actores del proceso. Esto significa, en pocas palabras, entender que la sociedad entera tiene que asumirse como sujeto y obje-

to del aprendizaje. Por otra parte, la inversión en educación implica infraestructura física, equipamiento, maestros, material didáctico, pero también una pedagogía que fortalezca la identidad, el desarrollo personal, la capacidad de riesgo e innovación y, sobre todo, comprensión del conocimiento. Dentro de los nuevos actores, que son sujetos y objeto del aprendizaje, están los medios de comunicación social, ya que a través del mensaje, la imagen y la ubicuidad se convierten en los maestros de la cotidianidad y son forjadores de valores y conductas, motivos y aspiraciones, que el sistema educativo formal no puede ignorar.

Aumentar el gasto educativo es irreversible. Pero, también lo es distribuirlo de acuerdo a las prioridades de la población más vulnerable, lo cual implica involucrar a los sectores sociales y productivos del país en alianzas estratégicas que permitan compartir iniciativas, diversidades y responsabilidades en un objetivo común.

Similar situación se enfrenta en el campo de la salud, en donde las desigualdades señalan que el 42% de nuestra población no tienen acceso a los servicios. Y ¿por qué extrañarnos, si la inversión en salud representa sólo el 2% del PIB?

La responsabilidad fundamental de un Estado democrático es garantizar ciudadanos sanos y educados, que tengan la opción y las condiciones para desarrollar plenamente sus potencialidades; de lo contrario, no habrá condiciones para superar las desigualdades.

El capital humano

En una sociedad de servicios como la que se vislumbra, el capital humano es el bien clave para el desarrollo social sostenible y un activo básico en el mercado de trabajo. La conformación de este capital responde a la interrelación de dos componentes: la educación formal y el aprendizaje familiar. Es así, que el clima educativo del hogar, esto es el nivel educativo de los padres y del entorno, los ingresos familiares, el hacinamiento, las condiciones de vivienda y aislamiento y la organización de la estructura familiar, no sólo son limitantes para el rendimiento educativo,

